

## El universo concentracionario: escribir para no olvidar

### The concentrationary universe: Writing to not forget

Javier Lluch-Prats  
*Universitat de València*  
javier.lluch-prats@uv.es

Evelio Miñano Martínez  
*Universitat de València*  
evelio.minano@uv.es

Javier Sánchez Zapatero  
*Universidad de Salamanca*  
zapa@usal.es

Impulsada por la cada vez mayor relevancia académica de los *Memory Studies* y de los análisis de los textos autobiográficos, la literatura concentracionaria ha recibido en las últimas décadas una constante atención desde diversas disciplinas humanísticas: Historia, Filosofía, Estética, Pedagogía, Teoría de la Literatura, Literatura Comparada, Historia de la Literatura, Crítica Literaria... A pesar de que el ámbito de estudios sobre la cuestión tiene un marcado carácter internacional y de que los principales focos analíticos han estado representados por investigadores estadounidenses, franceses y alemanes, el tema ha concitado también la atención de la academia española. Así, en los últimos años, se ha generado una creciente bibliografía gracias a la preocupación mostrada por autores como Manuel Reyes Mate, Alejandro Baer, José María Naharro-Calderón, Joan-Carles Mèlich, Ferrán Gallego o Javier Rodrigo, cuyo acercamiento al tema se ha llevado a cabo desde diversos prismas y con distintos objetivos, oscilantes entre el intento de comprensión del mal que supone la esencia concentracionaria, el análisis de los modos de representación de la experiencia de los internados por medio de la escritura y la investigación historiográfica, a través de la que se ha intentado descubrir en qué consistieron y cómo funcionaron los campos.

» Lluch-Prats, Javier; Miñano Martínez, Evelio & Sánchez Zapatero, Javier. 2016. "El universo concentracionario: escribir para no olvidar". *Quaderns de Filologia: Estudis Literaris* XXI: 9-21. doi: 10.7203/qdfed.21.9344

Además del lógico atractivo, y de la adecuación de la situación de la investigación humanística española a la del resto del mundo, en la cada vez mayor importancia concitada por el universo concentracionario parecen haber influido fenómenos como la consolidación de los estudios comparatistas y la publicación de testimonios de supervivientes inéditos en España hasta prácticamente el final del siglo XX, relacionada en muchos casos con el proceso de descubrimiento de las literaturas del Este de Europa llevado a cabo por la industria nacional de un tiempo a esta parte. Asimismo, se ha de contextualizar este interés en la importancia que los procesos de recuperación de la memoria colectiva han adquirido en las últimas décadas, a la que, en cierto modo, también ha contribuido el éxito de algunos productos de la cultura de masas como el cómic *Maus* (Art Spiegelman, 1980-1991) o las películas *La lista de Schindler* (*Schindler's List*, 1993), de Steven Spielberg, y *La vida es bella* (*La vita è bella*, 1997), de Roberto Benigni.

La variedad de perspectivas desde la que se puede observar el corpus concentracionario se debe a su carácter complejo e intercultural, que lo hace susceptible de ser interpretado como fuente histórica, como síntoma de los peligros a los que el desarrollo condenó al ser humano en el siglo XX, como epítome de la barbarie, como muestra de la dimensión catártica y memorística de la literatura testimonial, como intento de crear una nueva forma de expresión, etc. A partir del relato de las traumáticas y violentas experiencias sufridas en los campos de concentración, los supervivientes intentaron asimilar unas vivencias hasta entonces inimaginables —que, entre otras cosas, implicaron la progresiva pérdida de los rasgos humanos de quienes hubieron de afrontar el horror que supuso el internamiento, así como el contacto diario con la muerte— y también procuraron dar testimonio de una realidad desconocida por muchos. En ese intento de dejar constancia, asumían que su caso fue excepcional, y que el destino más frecuente para quien entraba en un campo de concentración era la muerte, con lo que sus testimonios pueden ser leídos también como una forma de homenaje a aquellos que dejaron su vida entre las alambradas y como un intento de hacer presentes a quienes se les intentó reducir, en algunos casos extremos como el de los campos de exterminio, a simple humo. De ahí que no se pueda entender la literatura concentracionaria sin tener en cuenta la dualidad de su dimensión memorística: los textos de los supervivientes son memoria porque parten de sus recuerdos, pero también porque nacen con

una evidente voluntad pragmática que los lleva a ser recordados y a hacer recordar. Leer hoy a Primo Levi, Elie Wiesel, Jorge Semprún, Alexandr Solzhenitsyn, Gustaw Herling o Max Aub no solo es entrar en contacto con una peripecia vital abruptamente alterada por la reclusión en los campos, sino también y sobre todo descubrir de qué forma el mal puede encarnarse en el ser humano. Lejos de suponer una lectura baladí, la literatura concentracionaria ayuda al lector contemporáneo a entender mejor la historia reciente del mundo –y, en ocasiones, a no terminar de asumir cómo es posible que el hombre parezca empeñado en tropezar siempre con la misma piedra– y a comprender la magnitud de un drama que acabó con la vida de miles de personas a las que solo se persiguió por el hecho de ser diferentes. En consecuencia, la literatura concentracionaria no puede ser reducida solo a la mera condición textual, puesto que quien relata lo acontecido en los campos no solo escribe, sino que también actúa. Más allá de los problemas de infabilidad que plantea representar una realidad extraordinaria y extrema a través de un instrumento ordinario y finito como el lenguaje, la literatura concentracionaria se enfrenta al desafío de oponerse, con su mera existencia, a los poderes totalitarios que dominaron el mundo durante buena parte del siglo XX al ofrecer el testimonio de las víctimas y, con ello, dar voz y presencia, aquellos a quienes se les negó la palabra y, en muchos casos, la vida. Se trata, en ese sentido, de textos que pueden convertirse en fuente documental a través de la que profundizar el conocimiento del pasado.

Como realidad histórica, los campos de concentración son universales, lo que sitúa la literatura generada a partir de ellos en un ámbito transnacional y, por tanto, intercultural y plurilingüístico. Ello obedece a dos motivos: por un lado, al hecho de que hubo víctimas procedentes de distintos contextos y países; por otro, a la implantación de sistemas concentracionarios en diversas realidades geográficas, históricas y políticas. Por ello conviene recordar que, a pesar de la tendencia de identificar los campos con su más icónica y dramática representación –Auschwitz y, por extensión, los centros de exterminio nazis; el Holocausto y la persecución de los judíos–, el corpus concentracionario también acoge textos testimoniales que evocan el paso por el Gulag soviético, el Laogai chino, los centros de internamiento franceses, los campos franquistas o los sistemas de reclusión forzosa instalados por diversas dictaduras latinoamericanas. No obstante, desde nuestro pun-

to de vista, el estudio contrastivo de las diversas reacciones escriturales producidas por la experiencia concentracionaria no ha de implicar jamás una equiparación entre las realidades que las provocaron, pues lo contrario implicaría pecar de ingenuidad, reduccionismo y banalización. La barbarie suprema que implicó la aniquilación premeditada y minuciosamente calculada de los campos de exterminio, en los que el ser humano era cosificado hasta el punto de exprimir toda su fuerza bruta a partir del mínimo gasto y de aprovechar con usos industriales sus despojos, es incomparable, excepcional y única, y no puede equiparse a otros centros de reclusión. Ahora bien, un análisis del corpus revela que, más allá de las diferencias de los espacios referenciales de los que parten, hay rasgos estilísticos, formales, temáticos y pragmáticos compartidos en toda la literatura concentracionaria. Esa concepción transnacional y unitaria del corpus, defendida por algunos estudiosos como el ya citado Naharro-Calderón, Catherine Coquío o Claudia Nickel, es la que lleva a plantear una metodología de estudio comparatista. Semillante planteamiento no renuncia a situar en el culmen de la barbarie el horror que supusieron lugares concebidos para la no existencia como Auschwitz –en todos sus sentidos: estaban ideados para no dejar rastro humano alguno, pero también para que no quedara ningún rastro de su propia existencia–, pero tampoco niega que hay una serie de tópicos comunes: la concepción del campo como espacio novedoso y único alejado del mundo convencional, la descripción del proceso de transformación deshumanizadora sufrido por los internos –frecuentemente a través de recursos como la metáfora animalizadora o la evocación de la vida fuera del campo–, la asunción de los problemas de infabilidad que genera el intento de representar la experiencia, la combinación de los resortes propios de los géneros autobiográficos con los de la literatura ficcional para hacer más intenso y perdurable el relato, el valor cognitivo, la denuncia de la violencia, la resistencia frente a las versiones únicas de la historia, y la apelación al lector para que sea consciente de las implicaciones éticas y memorísticas del relato. Incluso, tal y como se verá en las páginas posteriores, es posible, desde un punto de vista teórico que parte únicamente de las reacciones textuales y la gestación de la escritura, relacionar los textos concentracionarios con los que proceden de experiencias carcelarias o bélicas a través de la reducción esquemática al común denominador del horror, el afán totalitario de dominar al otro y la violencia.

Esa visión aperturista e intercultural preside este monográfico, en el que se pueden encontrar aproximaciones a los sistemas concentracionarios nazis, soviéticos, franceses, españoles, chilenos y argentinos por parte de un grupo de autores procedentes de diversas tradiciones culturales y lingüísticas. Asimismo, la variedad es perceptible en el conjunto de textos seleccionados como objeto de estudio, en los que hay lugar para muestras autobiográficas que anuncian de forma clara su relación de correspondencia con la realidad, desde diarios hasta testimonios; para novelas que, pese a presentarse como ficciones, asumen que su lectura no puede implicar una suspensión absoluta de credibilidad, puesto que late en ellas una verdad esencial que las lleva a relatar los campos a través de un ejercicio de artificio retórico; e incluso para cómics, en un ejemplo que demuestra la vigencia y la capacidad de renovación de un corpus que, por encima de todo, necesita demandar la atención del lector contemporáneo para hacerle partícipe de lo que fue la realidad concentracionaria sin las simplificaciones reduccionistas con las que muchas veces ha sido presentada por los medios de comunicación de masas. El carácter misceláneo también se deja ver en la diversidad de enfoques desde la que se han llevado a cabo los estudios, entre los que hay análisis de caso —centrados bien en cuestiones expresivas y de construcción textual, bien en el modo en que reconstruyen el entorno referencial del que proceden—, disquisiciones teóricas, metodologías comparatistas e incluso estudios que se ocupan del testimonio indirecto de los hijos de los supervivientes. Situadas dentro del ámbito al que Marianne Hirsch ha denominado “postmemoria”, este tipo de aproximaciones revelan la actualidad y la universalidad del universo concentracionario, pues ponen de manifiesto la necesidad de seguir evocándolo a través de un relato heredado de una experiencia no vivida. En un momento histórico en el que, por lógicas razones biológicas, cada vez quedan menos supervivientes, es necesario ampliar el corpus con nuevas fuentes que ayuden a la perdurabilidad del mensaje humanista y memorístico que implica la literatura concentracionaria aunque, a veces, no tengan una relación genética con quienes sufrieron el horror de los campos sino, simplemente, una “afiliación” ideológica y comprometida por la que pretenden no dejar caer en el olvido sus sufrimientos, tal y como ha estudiado Sebastiaan Faber.

Teniendo en cuenta este preámbulo, y asumiendo que este monográfico, en un ejercicio de coherencia metatextual, cumple las mismas

condiciones del objeto que estudia al procurar con su mera existencia recordar lo sucedido en los campos de concentración, abre el volumen un artículo que evidencia desde su propia formulación el carácter transnacional del corpus concentracionario. Margarita Alfaro se centra en el testimonio que da Lena Constante de las cárceles rumanas entre 1950 y 1957, principalmente a través de su obra *L'évasion silencieuse. Trois mille jours seule dans les prisons roumaines* (1990). Como les ha ocurrido a otros escritores, la lengua francesa se convierte aquí para la escritora en una “tierra de acogida” que, ilustrando de modo muy peculiar la noción de exilio lingüístico, “le permite tomar distancia de su experiencia trágica y experimentar la libertad añorada”. Tras contextualizar en el tiempo el arresto, el proceso y el encarcelamiento de Lena Constante en la Rumanía comunista, la autora indaga en las estrategias por la que esta, entre los muros carcelarios, construye la “fortaleza interior” que le permite sobrevivir. Esas estrategias abarcan desde la disciplina física para soportar el dolor y la tortura, hasta la búsqueda de la espiritualidad, pasando por un amplio abanico de creación literaria: versos, cuentos para niños, teatro. De este modo, este acto de “escritura carcelaria” –de muy diferente esencia generativa a la concentracionaria, pero con evidentes similitudes en su formulación expresiva– es un ejemplo de cómo “el ser contemporáneo se crea a sí mismo al margen de la experiencia totalitaria”.

Siguen dos artículos centrados en uno de los más significativos autores del corpus: Jorge Semprún. Al igual que en el de Lena Constante, su caso evidencia la imposibilidad de poner fronteras al corpus, puesto que en él coinciden su origen español, el paso por un campo alemán y la lengua francesa con la que dio cuenta de él. En el primero de los acercamientos, Beatriz Coca se centra en dos aspectos característicos de su narrativa: la circularidad y la reiteración de ciertos episodios vividos, en cuyo centro está Buchenwald, y la estructura reticular donde esos episodios se enlazan. Después de trazar las líneas generales de una vida “azarosa y novelesca”, como dice la autora, esta se concentra en el período de amnesia voluntaria y activismo político del escritor, hasta mostrar cómo en los años sesenta “la acción y el compromiso personal se proyectarán en la vigencia y vivencia de un testimonio”. Así, nos muestra cómo en la obra de Semprún, animada por un compromiso ético ligado al “deseo de contrarrestar la aniquilación de la memoria”, el peso de la memoria se torna “un eje narrativo y, por lo mismo, en

tema vertebrador del relato”. El estudio se concentra finalmente en el carácter discontinuo del relato de Semprún, construido sobre una “red de asociaciones que lo fragmentan para perderse en los recuerdos más recónditos”, y su estética de la repetición e iteración que, por un lado, envuelve al lector “en el efecto encantador de la repetición”, y, por otro, atiende “los interrogantes que atenazan al narrador-escritor”. Por su parte, David García Cames indaga en *La escritura o la vida (L'écriture ou la vie, 1994)* a través de una recurrencia en la narrativa de Semprún que será habitual también en otros autores del corpus: la memoria de los olores nauseabundos de Buchenwald. No se trata de una mera descripción, ya que se analizan esos olores “como motivo desde el que acercarse a la condición inefable” del paso del escritor por el campo. Además, la memoria olfativa, sobre todo la del horno crematorio, en sus múltiples apariciones, se impone sobre otras percepciones sensoriales y adquiere un valor simbólico: “encarnación totalitaria del mal, metáfora originaria que no precisa mayores explicaciones”. Finalmente, el artículo pone en relación la pestilencia que exhalan las víctimas con la construcción de su identidad y alteridad: “Los presos apestan pero es precisamente ese ‘vaho mefítico’ el que los diferencia de los burócratas que programan su exterminio”. De este modo, el estudio de los olores se presenta como una poderosa vía de indagación en los retos fundamentales de Jorge Semprún en *La escritura o la vida*.

Desde el ámbito del cómic se incorpora una aportación original acerca de la memoria. En ella, Carmen García Navarro nos propone las particularidades de la conjunción entre lo visual y lo textual en *Maus y El arte de volar*. La transmisión intergeneracional de lo traumático, tanto en Spiegelman como en Altarriba, permite articular y reflexionar sobre lo traumático, lo criminal y lo inhumano. La autora propone el análisis de recursos narrativos y gráficos como estrategias ante la problemática representación de lo real, la experiencia traumática y la imagen en los campos de concentración, en este caso Auschwitz y Saint-Cyprien. Así, en el marco de producciones comicográficas ligadas al universo concentracionario, se explora dicha experiencia y la novedad como forma de narración que el cómic viabiliza. A ello se suman sus estrategias y las convergencias y divergencias al concebir, plasmar y universalizar la experiencia de sus respectivas figuras paternas en esos campos de concentración. El artículo, como cuantos este monográfico congrega, hace hincapié en que la memoria colectiva, social e histórica debe en-

tenderse como herramienta para el aprendizaje colectivo, en el cual se adopte una conciencia crítica del presente a partir de la aprehensión del pasado. Del mismo modo que otros autores, García Navarro enuncia, hoy, ante situaciones extremas como las padecidas por los refugiados sirios, la necesidad de la prolija representación ficcional de lo real y del uso ejemplar de la memoria.

Evidenciando el carácter intercultural y plurilingüístico del fenómeno concentracionario y de sus reacciones escriturales, sigue un artículo de Josep-Vicent Garcia Raffi centrado en la memoria catalana de los campos de concentración franceses. El autor revisa el corpus de los refugiados catalanes y así la literatura derivada de ese contexto surgido tras la caída de Cataluña en 1939. Su variedad y estrategias textuales para la transmisión de dicha memoria, los elementos discursivos, las características compartidas o la necesidad de escribir para dejar testimonio son aspectos abordados por Garcia Raffi. Para ello ofrece ejemplos en forma de epístolas, ensayos, poemarios o documentales. De igual modo presenta las dificultades de edición de estos textos, compartidas en otras realidades del universo concentracionario, tal como muestran las aportaciones de Ferran de Pol, Roc d'Almenara o Agustí Cabruja i Auguet.

Por su parte, Jesús Guzmán Mora nos acerca la experiencia de los presos españoles en Rusia, y con ellos la memoria del Gulag. Propone una periodización en tres etapas para el corpus de la literatura española entre 1954 y 1975, así como el análisis de tres ejes temáticos para mostrar cómo el nuevo Estado aprovechó la horrible experiencia del sistema concentracionario soviético con fines políticos. Tales ejes son las facetas más visibles en los textos que nos han llegado: la vida en el campo, su uso político como instrumento anticomunista y la superación del cainismo entre divisionarios y republicanos, dado su reencuentro en los campos rusos. Todos ellos dieron cuenta de su animadversión hacia la dictadura rusa. Además, el artículo nos acerca la llegada, la explotación y la posterior liberación de españoles en el infernal archipiélago Gulag, cuyas similitudes y diferencias respecto del Lager alemán son igualmente abordadas. Tanto miembros de la División Azul como republicanos exiliados son, por tanto, los protagonistas de las publicaciones recopiladas. Muy revelador de esa utilización por el franquismo es, en primer lugar, el carácter propagandístico tras la vuelta de la División Azul, y la consiguiente beligerancia contra el comunismo soviético. En segundo lugar, su ocultamiento en pro de la creciente internacionali-

zación española, un silencio ligado, entre otros motivos, a la delicada situación de España en la geopolítica internacional. La intensa publicidad en su recepción fue similar a la celeridad con que se precipitó la amnesia sobre su experiencia. Además de la memoria propia de los cautivos, Guzmán también aporta referencias de novelas de la posguerra y actuales cuyo trasfondo ficcionaliza la presencia de españoles en Rusia, tema no especialmente transitado por la historiografía y la crítica literarias contemporáneas.

En torno al diario personal como testimonio y ficción, la aportación de Álvaro Luque Amo explora la manifestación diarística desde una perspectiva marcadamente teórica, habilitando un marco que viabilice el análisis de los diarios gestados en el contexto de los campos. Para ello revisa la relación entre estos últimos y la autobiografía, característica esencial en la mayor parte de textos concentracionarios. Igualmente explora el dominio del tono testimonial y la consideración del testimonio, en apariencia opuesto a la definición frecuente de literatura. En este sentido, Luque revisa los condicionantes del testimonio, que dan pie a establecer un pacto testimonial, justificado por la ética del testigo. Y es que el texto concentracionario ha de respetar, como señala el autor, la dimensión contractual de lo autobiográfico y la narrativa de lo literario, a fin de configurarse como literatura concentracionaria y como testimonio, formas de polémica conciliación, como el diario personal que es objeto de estudio principal explorado en este trabajo, en donde se plantea con tino un acercamiento teórico al diario y se evalúa su pertenencia al terreno literario.

En el artículo siguiente, Marta Marín-Domine parte de la consideración de que *KL Reich* de Joaquim Amat-Piniella –escrita originalmente en 1946, aunque no publicada hasta 1963– no ha encontrado todavía, como texto literario, su lugar dentro de la memoria de los españoles republicanos deportados a los campos nazis. Estudiando la recepción de la obra a la luz del lugar común por el que, erróneamente, se ha equiparado la deportación con el Holocausto, señala unas primeras lecturas acríicas de *KL Reich*, que pasa a ser “un documento más que un relato, una prueba del avance en la restitución del pasado más que una representación literaria de éste”. Indaga también sobre las razones por las que tardó el autor en publicar su obra y excluyó unos fragmentos, sin limitarse a la cómoda explicación por la censura. Consciente de la complejidad de este tema, aporta elementos para el debate describiendo el

contexto político francés, en el que se exilaron muchos supervivientes españoles, poco propicio a las obras que no ensalzaran los compañeros comunistas. Mantiene la hipótesis de que “el contenido de la novela pudo haber causado cierto desconcierto entre el círculo de supervivientes”, para concluir que “no fue, ciertamente, el tipo de narración esperada por algunos”. Por otra parte, según la investigadora, la obra ha sido tratada como un documento por su alta referencialidad, siendo escasos los estudios de sus particularidades literarias, pese a que el autor la considerara “una novela testimonio, que combinaba elaboración literaria y voluntad documental”. En *KL Reich* se ponen al servicio del narrador omnisciente recursos de la novela realista y del lenguaje cinematográfico, consiguiéndose así un efecto de objetividad, que ha logrado convencer a una parte de la crítica. Marta Marín-Dòmine considera que el autor contribuye a la epistemología de la experiencia a través de la mirada, con la que vehicula textualmente su condición de “cronista”, en términos de Primo Levi. La autora concluye que *KL Reich*, sin ser la novela del Holocausto español –“pura y simplemente porque no lo hubo”–, es sin embargo una pieza importante en la memoria de la deportación española “y una contribución inestimable si queremos abordar la diversidad epistemológica que subyace en la experiencia de la deportación política”.

El artículo de Jaume Peris Blanes traslada al lector a unas coordenadas geográficas diferentes, evidenciando con ello que no solo en Europa hubo lugar para el horror que supusieron los campos; y es que el autor estudia escrituras poéticas en campos de concentración de Chile, por lo general producida por autores anónimos. Peris analiza las condiciones extremas de esas escrituras y algunos de sus rasgos fundamentales, a partir de la idea de que lo concentracionario anula el mundo de los detenidos, mas también hace trizas su lenguaje y tiene efectos devastadores en la subjetividad. Aparte de textos anónimos, analiza especialmente algunos poemas de Aristóteles España y uno inacabado de Víctor Jara. En suma, esta contribución propone ubicar el lugar que la poesía concentracionaria chilena ocupa, además de ofrecer el modo en que la crearon combatientes anónimos bajo un paradigma antifascista, y mediante un lenguaje capaz de capturar, aunque fuera de forma elusiva, algo de una experiencia tan difícilmente representable, sin obviar la práctica de la tortura ni renunciar a conformar espacios de alteridad desde los que imaginar y representar su dramática experiencia. Las poéticas de su re-

presentación, pues, abren el abanico de propuestas que, desde distintos frentes y latitudes varias, este monográfico ofrece al lector.

En otro artículo de corte comparatista, Marina Sanfilippo aborda las obras de dos escritoras de literatura concentracionaria, poco conocidas y parcial o tardíamente traducidas en España: Liana Millu y Charlotte Delbo, que escriben respectivamente en italiano y francés. La autora indaga en la construcción de la memoria por las dos autoras, comparándolas, y poniendo de relieve rasgos de la autoría femenina. Pone en relación la complejidad de las voces narrativas, observada en ambas obras, con la “*frattura tra io narrante e io narrato*” propia della letteratura concentracionaria”. Asimismo, transita por el universo concentracionario comparando aspectos de este en ambas autoras, como son la maternidad, la sensibilidad hacia la naturaleza —origen de recuerdos, emociones y decepción—, y la comunicación entre las presas, donde se percibe “una resistenza femminile fatta di bisbigli e brevi dialoghi mormorati e sussurrati cui si oppongono minacciosamente le grida costanti delle SS et delle kapo”. Todo ello abre vías para caracterizar la originalidad de la escritura concentracionaria de mujeres.

En “Ficciones inesperadas en la narrativa testimonial concentracionaria española y argentina”, desde una perspectiva transnacional y comparatista, y en el ámbito del universo concentracionario, Paula Simón analiza narrativas testimoniales, variantes que pueden presentar y estrategias de ficcionalización. Su mirada transversal posibilita, pues, encontrar similitudes y diferencias que permitan comprender la complejidad del fenómeno, sin obviar contextos particulares. Para ello indaga en las contribuciones de exiliados republicanos españoles en los campos franceses, así como en aquellas producidas por los supervivientes de centros de detención clandestinos en Argentina, entre 1976 y 1983. Su análisis de estrategias de ficcionalización y de reelaboración estética de la experiencia traumática amplían, en consecuencia, aspectos vinculados a debates en torno al testimonio, tan presentes en este monográfico como la relación entre la naturaleza del testimonio y la “verdad” como condición de este, además de las prácticas de escritura literarias adoptadas por los autores respecto a dicha experiencia. Valga añadir que también se apuntan las dificultades de definición del testimonio, destacando sobremanera su maleabilidad y su potencial como discurso de la subjetividad, aportando una concepción operativa del concepto y evidenciando la transmisión de la verdad a través de la fic-

ción, en la cual puede haber desplazamientos entre géneros e irrumpir desde lo dramático a lo lírico. Simón concluye su artículo resaltando el necesario análisis de la representación de experiencias traumáticas, particularmente en este mundo en el que la responsabilidad ética del testigo, lamentablemente, “parece no tener fecha de vencimiento”.

Por último, cierra el monográfico un artículo de Luz C. Souto en el cual analiza un caso concreto acaecido en territorio español: el alicantino campo de Los Almendros. La autora realiza un recorrido por dos textos fundamentales para la reconstrucción de lo allí sucedido: *Campo de los almendros* (1968) de Max Aub, y *Desde la noche y la niebla* (1978) de Juana Doña. A través de estas obras, Souto analiza las características concentracionarias del predio alicantino —particularidades acentuadas por el último parte de guerra que confirma la derrota republicana—, así como la conexión entre escritura y memoria en ambas “tragedias corales” de dos cronistas de la tragedia. Se expone, pues, el compromiso de los autores con la memoria histórica, subrayando que “es necesario estudiar y analizar el pasado traumático no como episodios estancos y encerrados en una memoria pretérita, sino como un quiebre de lo humano que no ha dejado de acontecer”.

A través de estas doce aportaciones, por tanto, se pretende contribuir al estudio y la difusión de la literatura concentracionaria, y, al mismo tiempo, incidir en la necesidad de abordar su análisis desde prismas interdisciplinarios y transnacionales. La propia configuración del monográfico evidencia esta condición universal, pues en él el lector podrá encontrar sugerentes aportaciones sobre diversas literaturas, autores y reacciones textuales a través de las que dar testimonio del paso por los campos. Es cierto, no obstante, que los artículos revelan una especial preocupación por Jorge Sempún y Max Aub, pero también lo es que ambos fueron los dos autores españoles que de forma más recurrente y sistemática se ocuparon de relatar sus experiencias concentracionarias en su producción literaria: en el primer caso, a través de diversas obras que, a medio camino entre el testimonio y la ficción, fueron compuestas originalmente en francés; en el segundo, en textos poéticos, teatrales y narrativos que transmiten su peripecia vital sin ceñirse en ningún caso a los cánones de la escritura referencial y autobiográfica. Junto a ellos, Charlotte Delbo, Art Spiegelman, Antonio Altarriba, Joaquín Amat-Piniella, Aristóteles España, Charlotte Delbo o Liana Millu conforman un crisol de autores poliédrico y variado —y no especialmente abordado

por la academia, que ha centrado su atención en supervivientes como Primo Levi, Elie Wiesel, Gustaw Herling o Alexander Solzhenitsyn—, vinculado de diversas formas a la experiencia concentracionaria, pero estrechamente relacionado por el hecho de afrontar el desafío de representar el fenómeno de los campos y, sobre todo, por su intención de trascender lo meramente estético para convertirse en memoria activa de lo sucedido. Los análisis de sus obras, junto con el resto de aportaciones del monográfico, en el que conviven reflexiones teóricas con acercamientos comparatistas y estudios literarios, permiten, en definitiva, ahondar en un universo cuyo carácter inabarcable e inenarrable ha de ser, más que una limitación, un constante estímulo para la lectura crítica y reflexiva de las obras de los supervivientes, puesto que sin memoria del pasado jamás habrá futuro.

